

EL MES DE LUTO POR GARIBALDI



TAL se puede llamar en Italia al mes de Junio; al mes en el cual, hace cerca de diez años, durante la esplendidez de una noche azul y serena, en su solitaria isla del mar Tirreno, moría José Garibaldi.

Todos los años, en los primeros días de Junio, Garibaldi surge entre nosotros, grande, bello y amado, como en los días más fulgurantes de su gloria.

Descúbranse en ciudades y aldeas lápidas grabadas en su honor ó monumentos erigidos á su memoria. En los teatros y en las escuelas se verifican solemnes conmemoraciones de su vida; y sus hijos y sus devotos antiguos partidarios, dirigen en amorosa peregrinación á Caprera para amontonar sobre su tumba coronas, alrededor de la que manda el primero el rey de Italia.

Italia entera resuena con el son de su

nombre y el nombre de sus victorias: Varese, San Fermo, Villa Panfilí, Marsala, Calatafimi, Palermo, Milazzo, Volturmo, Bezzecca, Monterotondo, y por doquiera, allí donde aparecen vestidos con su legendaria *garibaldina* encarnada, los supervivientes de sus legiones, de año en año más raros y más venerados, se les acoge con entusiasmo, siendo saludados, abrazados, como vivas imágenes de los más gloriosos y caros días de nuestra revolución.

Cerca de diez años han transcurrido, y la figura del libertador de Sicilia, más bien que empequeñecerse ante el juicio de la historia, ha ido agrandándose y creciendo circundada de purísima luz.

¡Oh, hermosos días de 1860! ¡Con qué fuerza resucitais ahora en nuestro corazón!

La paz de Villafranca que detenía los ejércitos victoriosos ante los muros de Verona, había helado la sangre de la nación; las incertidumbres y los temores del Gobierno de Turín en la cuestión de las anexiones; la cesión de Niza y Saboya á Francia; las voces que corrían de ulteriores designios de Napoleón con respecto á otras provincias de la alta Italia, mantenían inquieto y suspicaz al país; las pasiones de partido se

agriaban; aquella misma grande idea de la causa italiana parecía que se iba empobreciendo entre aquellas continuas tergiversaciones de la diplomacia.

Era un período de ebullición de mil elementos confusos y hostiles, de fuerzas sin dirección y sin objetivo: el cual, á haberse prolongado, habría podido conducir á Italia á tristísimas circunstancias.

Se requería algo grande que hiciese erigir la frente y el ánimo al pueblo, á la juventud, inflamando de nuevo el entusiasmo por la patria que en aquel instante se hallaban á punto de extinguirse por falta de alimento y de incentivo....

Y entonces apareció Garibaldi.

Y digo que apareció entonces, porque su verdadera y grande popularidad no empezó para tres cuartas partes de Italia hasta 1860.

Entonces se percibió su mágica voz, á través del mar, llamando á la juventud italiana á la santa cruzada de la Trinacria; y todavía no se había perdido el eco de su llamamiento, cuando dos victorias inesperadas; una tras otra, como dos estampidos de trueno, produjeron inmensa resonancia á su voz.

¿Quién era este Garibaldi?

Muchas gentes del pueblo no lo sabían todavía, sino confusamente. Un soldado, un hijo de Niza, que había combatido en América y en Roma;—era aquél que capitaneaba los voluntarios lombardos en 1859,—un hombre rubio, vestido con blusa encarnada, bueno, intrépido, pobre, con una voz y unos ojos que fascinaban; un paladín de todos los que sufrían vejámenes; un vengador de todas las injusticias; uno que con una mano lanzaba rayos delante de sí y con la otra repartía consuelos y esperanzas...

Entonces se vieron milagros. Su nombre pasaba por el país como soplo de fuego. Por él los obreros abandonaban los talleres; los estudiantes emigraban de las clases; los ricos dejaban los palacios y quintas de recreo, y las mujeres decían á sus esposos:—¡Ve!— las madres no se atrevían á llorar; los ancianos bendecían y los niños temblaban.

Partir, unirse á él, alcanzarlo, atraer una mirada suya combatiendo á su lado, y una palabra suya cayendo, al morir, pero viéndolo de lejos victorioso, era el sueño de miles de jóvenes. El entusiasmo que producía, apagaba todo germen de bajas pasiones, de innobles pensamientos; redimía corazones de

escépticos y espíritus de desesperados; produciendo como nimbos de brillantez, viriles ambiciones y propósitos de sacrificio en todas las clases sociales. Y... ¡hasta fuera de la sociedad! Sí, porque se vió en apartados y solitarios conventos, á frailes inactivos, á inertes monjes que jamás comprendieron ni amaron la patria, amarla y comprenderla por vez primera en el nombre de Garibaldi, y meditar el proyecto de ir á combatir bajo sus órdenes y relizarlo cuantos pudieron madurar su propósito; sí, porque hasta en las cárceles y presidios donde padece el homicida no arrepentido, meditando nuevos crímenes, ¡hasta en aquel triste fango! tocados por el cálido rayo de su gloria, se vieron abrirse las flores de sentimientos generosos, allí donde se creía apagado hasta el sentimiento de humanidad!

Y si no hubiera hecho Garibaldi mas que esto, aún por esto solo, sería acreedor á la gratitud eterna de la patria, y á la bendición perpetua del mundo.

Nosotros pensamos ahora con admiración en esta historia de ayer, que ya parece leyenda, y con no menor maravilla en la multitud de gente que durante su vida, ó cegados por la pasión política ó incapaces de

todo sentimiento poético y de toda idea nueva y atrevida, no lo comprendieron, no lo amaron, y lo calumniaron. Para ellos, que lo juzgaban al nivel de los acontecimientos y de los hombres vulgares, era Garibaldi como una violación encarnada de la lógica de la historia, era un aventurero sin escrúpulos, que debía su enorme poderío á una milagrosa fortuna, y nada más que á eso.

Confundían sus desconsideraciones de chico sublime, con errores de estrechez de cerebro nublado por el orgullo. Juzgaban al coloso con pedantería. Juzgaban hasta como melodramática y ridícula su manera original de vestir, convertida ahora en imborrable divisa, como el uniforme de Bonaparte.

Hacían como los académicos que se complacen en señalar las equivocaciones geográficas de Ariosto y los errores de buen gusto de Shakespeare. Miraban á Garibaldi con falsos ojos y veían un falso Garibaldi, un grande hombre equivocado, no idolatrado sino del espíritu de partido y secta y de la ignorancia.

¡Perdón y olvido para ellos!

¡Pero cuán pronto se ha hecho justicia!
Decir que ahora sus antiguos enemigos,

aquellos que lo acusaban de insensato, de rebelde, de héroe de guardarropía, se ven obligados á reconocer en alta voz que, no obstante la gran desproporción que había en él entre las facultades del raciocinio, las de la imaginación y del corazón; á pesar de esto, una de sus más admirables virtudes fué el buen sentido, la templanza, el dominio que siempre demostró sobre sus propias pasiones en los momentos supremos!

¡Rebelde, sí! Garibaldi lo era por instinto: su fuerza, su manera peculiar de ser, era esencialmente revolucionaria; encarnaba en sí todas las aspiraciones hostiles á la Monarquía: era de corazón, por conciencia, por su vida, un purísimo republicano. Y precisamente por eso, es tanto más de admirar el sacrificio que él hizo de su espíritu republicano ante las exigencias de la gran mayoría monárquica de su país, sin la cual ó contra la cual, no habría sido posible llevar á cabo nuestra revolución. Si Garibaldi y Víctor Manuel chocaban, todo se embrollaba. Los destinos de la nación estuvieron en más de una ocasión pendientes de tenuísimo hilo. Otro hombre lo habría roto quizás: Garibaldi, no. Empleaban un lenguaje vehemente sus más audaces partidarios; él mismo ame-

nazaba á veces, cuando estaba descontento ó irritado, especialmente en los últimos años de su vida; pero todo el mundo estaba persuadido en el fondo de su corazón, de que mientras él viviese, no se habría dado la señal de una guerra civil.

Y así creemos nosotros que Garibaldi ha sido tan grande por aquello que hizo, como por aquello que dejó de hacer; creemos que el punto culminante de su grandeza no está en el campo de batalla de la revolución, sino en el 26 de Octubre de 1860, en la humilde aldea de Cajanello, donde se encontraron la vanguardia de sus legiones victoriosas viniendo de Capua, y los primeros batallones del ejército real, bajando de Venafro.

Recordemos, queridos compatriotas, aquella escena épicamente grande y solemne. Pie á tierra, al lado de su caballo, en medio de su Estado Mayor, inmóvil, Garibaldi callaba y esperaba. El alba blanqueaba las cimas de los Apeninos, el viejo Castillo de Teano y todo aquel hermoso paisaje austero de la Campania, sobre el cual hacía pocos días, después de muchos siglos, soplaban el aire de la libertad. Aquí y allá, por los campos, entre los vapores de la aurora, brillaban los rojos colores de los uniformes de los vo-

luntarios; agitándose al viento por otra parte los tornasolados penachos de los cazadores. De un lado, la revolución; del otro, la monarquía: ambas coronadas por la victoria, ambas desconfiadas, llenas de fuerza, de atrevimiento, de celos, de derechos. Sobre uno y otro ejército imperaba el silencio de las grandes espectaciones.

Y Garibaldi, encerrado en sus propios pensamientos, esperaba y callaba.

De pronto estallaron los sonos de las charangas, anunciando la llegada del rey. Por todo el campo corrió un estremecimiento general de parte á parte.

¿Qué pasó, en la brevísima duración de un relámpago, por el corazón de Garibaldi, al sonido de aquellas músicas? Acaso el anuncio que señalaba el final de su mando supremo, que le arrancaba la alegría y el honor de continuar combatiendo en primera línea, que era como un brusco ¡alto ahí! gritado á sus oídos, en medio de su carrera de triunfador, de sus esperanzas y de su fortuna; quizás á aquel anuncio sintió levantarse en su alma todo su pasado, y las tentaciones republicanas que de todas partes le empujaban, y el rencor por su Niza perdida, y la ira por la clausura del camino de Roma y

la conciencia de tener todavía en su mano media Italia; todo esto, tal vez, confundido en un ímpetu de orgullo y de ambición, le arrebató la sangre, le ofuscó la razón, y entonces...

Entonces dijo:

—¡No! ¡Maldita sea la guerra civil! ¡La salvación de la patria está en nuestra concordia!—Y montando á caballo y espoleándolo, gritó, con la mano extendida:—¡Salud al Rey de Italia!

Y aquel acto, fué el acto más sabio de su vida; fué uno de los días más benditos de nuestra historia.

¡Sí, la justicia se ha hecho pronto!

Hasta aquellos que censuraron más acerbamente, que maldijeron casi horrorizados aquellas dos infortunadas tentativas sobre Roma, las cuales terminaron en Aspromonte y en Mentana, aun ellos comprenden hoy que, sin aquellas dos grandes sacudidas que dió él á la cuestión romana, sin aquellos sacrificios y sin aquella sangre no habría quizás osado, el Gobierno italiano, apoderarse de Roma ni aun en 1870.

Todos comprenden ahora, con efecto, que aquel odio suyo contra el yugo de la teocracia, no se originaba, como tanta gente creyó

ó fingió creer en furor de incredulidad demagógica, sino en un altísimo sentido, acerca de lo sobrenatural, heredado de la religión de su madre y vigorizado por un profundo sentimiento de la miseria y las injusticias humanas; todo lo cual le hacía odiar, lógicamente, toda forma de institución religiosa que, en lugar de combatir tradiciones, gobiernos, monarcas, clases sociales opresoras y explotadores de pueblos, servía á todas esas iniquidades de puntal y de escudo, á cambio de obtener de los tiranos sostén y defensa.

Todos comprenden ahora que aquella amargura desdeñosa que dominó en él durante el último período de su vida, y que á menudo le hacía prorrumpir en amenazas siniestras y en acerbos murmuraciones, no se derivaba de otra causa que del dolor producido por el espectáculo que le ofrecía nuestra gran revolución, deteniéndose y contentándose con la unidad y la libertad de la patria; dejando cual estaba la miseria de las muchedumbres, intactos miles de prejuicios y privilegios, mil restos funestos y monstruosos del pasado, que él creía posible destruir de un día para otro, á fuerza de leyes y decretos.

¡Que no se remediara tanto mal, le parecía una cobardía y una culpa de todos!

Todos comprenden que su ira dolorosa no era sino descontento de idealista desilusionado, herido en su fe, burlado en su sueño de una humanidad feliz, é inspirado en la concordia de una renovación en la vida social y del mundo entero; sueño espléndido y acariciado, con el cual había vivido cuarenta años, esperando siempre que se convirtiese en realidad antes de su muerte.

Todos comprenden también, finalmente, que no era verdad que su mente no estuviera á la altura de su corazón, que fuese una especie de héroe burdo y primitivo, en quienes los instintos sustituyeran á las ideas y las pasiones obrasen sin luz alguna y sin freno de cultura.

No: su cultura era incompleta y confusa, pero vasta y varia; abarcaba la Agronomía y las Matemáticas, la grandeza de la Historia greco-romana, y las obras maestras de la Poesía clásica; adoraba á Hugo Foscolo, á Victor Hugo, á Guerrazzi, y amaba profundamente á Alejandro Manzoni; era un orador sin arte pero potentísimo, cómo lo atestigua su fulminea alocución, hecha célebre, dirigida á sus legionarios romanos de 1849;

era un escritor desigual é incorrecto, pero lleno de ímpetu y de vigor, y nos ha dejado páginas de prosa improvisada, que hieren y relampaguean como erupciones de volcán y cataratas de lava.

¡Y no hablemos de Garibaldi como capitán!

Que él no tuviera otras facultades que las del pequeño guerrillero; que no fuese capaz de conducir un grande ejército, eso ninguno lo dirá ya después de que grandes autoridades militares de varios países, estudiando sus campañas, aun las menos afortunadas, han consignado que sus facultades lúcidas y poderosas de general se agrandaban á medida que se ensanchaba la amplitud de sus campos de acción, pareciendo que se agigantaban al compás de su gloria.

¡Y pensar que á este hombre, que ha vivido pobre por espacio de sesenta años; á este hombre, que después de la guerra de 1860 rechazó honores, grados, riquezas, para ir á cultivar la tierra en una isla desierta; á este hombre, que se vió reducido á escribir novelas para ganar algunos cientos de pesetas, se le censuró haber aceptado un donativo nacional, ni siquiera para sí, sino para sus hijos, pocos meses antes de morir!

Sería ofender su memoria defenderlo de tal acusación. Pobre había vivido antes del donativo; pobre siguió viviendo después de él. No mudó ni una sola vez siquiera de sus costumbres sobrias, modestas, casi humildes: y sus últimos años fueron trabajosos é infelices.

Este es un recuerdo doloroso para nosotros. Habíamos soñado para Garibaldi una vejez serena y saludable, que fuera como largo descanso, declinando lenta y casi insensiblemente hacia la decrepitud. Y por el contrario, lo hemos visto torturado por cruel enfermedad que alteró poco á poco, violó, estoy por decir, hasta los lineamentos, convertidos en sagrados para nosotros, de su rostro, extendiendo el velo de la muerte por su cara, antes que se escapase de aquella figura el rayo de la vida.

Todos los milaneses y miles de otros italianos, recuerdan como una de las más fuertes conmociones experimentadas, la sensación que les produjo la última entrada del gran guerrero en la capital lombarda, para inaugurar el monumento á sus caídos de Mentana. El pueblo, que hacia años no lo veía, esperaba volver á ver sino al Garibaldi antiguo, al menos una imagen todavía con-

soladora de él. Lo vió por el contrario avanzar lentamente en un gran carruaje, extendido sobre un lecho, como un herido de muerte, con el semblante consumido y del color de la cera, con las manos contraídas, con todo el cuerpo inmóvil, y que con grande dificultad podía de vez en cuando volver la cabeza y girar la vista á uno ú otro lado. Parecía más bien,—como dice uno de sus biógrafos,—los despojos de un santo llevado en procesión por un pueblo de devotos, que el cuerpo de un hombre vivo.

¡No era ya Garibaldi!

La multitud inmensa que se había preparado para festejarlo clamorosamente, callaba, consternada, y lo miraba con sentimiento de triste estupor. Nadie podía creer que él no se volvería á levantar de aquel á manera de féretro en que se presentaba al público. Que las leyes de la vida hiriesen inexorablemente á todos los demás hombres, que la enfermedad, la vejez acabasen con los más poderosos organismos, se comprendía; pero que encadenasen hasta aquel brazo, que apagasen hasta aquella mirada, que inclinasen aquella frente, parecía un error y una injusticia de la naturaleza. Parecía ver la juventud misma de Italia, y todos nuestros

pasados entusiasmos extendidos allá, moribundos bajo aquella especie de paño fúnebre que envolvía el cuerpo del héroe.

Las frentes se descubrían, las manos se dirigían hacia él, los ojos lo acompañaban, velados por el llanto; pero las bocas permanecían mudas: solamente un murmullo confuso y dulcísimo de la muchedumbre como rumor de sumisa oración, lo precedía y lo seguía.

Era los jóvenes de la nueva generación, que decían:

—“¡Nosotros, que no hemos combatido, no combatiremos ya á su lado!”

Era las mujeres del pueblo, que decían á sus hijos:

—“¡Míralo bien, porque dentro de poco, morirá!”

Era sus antiguos compañeros de armas que suspiraban:

—“¡No lo volveremos á ver!”

Ese murmullo era en fin, la ciudad de las *cinco jornadas*, que daba el último adiós al Capitán de las cien victorias!

Y desde entonces acá hemos contado con trepidación todos los días de su vida, alegrándonos y adquiriendo esperanza cada vez que la gallarda vitalidad de su espíritu sa-

lia todavía con alguna manifestación inesperada como en el momento del conflicto entre Francia é Italia, por el asunto de Túnez, cuando desde su orgullo lacerado de italiano, salieron aquellas palabras terribles que hicieron estremecerse la patria como al escuchar el grito de un sepulcro...

Pero la obra de la Naturaleza proseguía sin tregua.

Después de tal cual arranque, se replegaba su cansada, hermosa cabeza, sobre la almohada, y su alma sobre el pasado.

¿Á qué seguirlo con la palabra hasta su último instante? Las dos avicillas que vienen á colocarse en el alféizar de la ventana, en las cuales, con apagada voz, dice que reconoce el alma de sus dos hijas, que vienen á decirle adiós; el postrer esfuerzo de la voz, con el cual llama á su pequeño Manlio, el último gesto convulso con el que se enjuga la frente, la postrimera sonrisa que pasea por los circunstantes, aquella habitación desnuda, aquel cielo sereno, aquel mar inmóvil... todo esto es un cuadro vivo en la memoria del mundo. Hasta en su muerte,— como dice Thiers, del prisionero de Santa Elena—todo fué grande, solemne, sencillo.

¡Descansa en paz, Garibaldi! ¡Descansa

en paz, gran soldado, gran patriota, grande libertador, tribuno generoso de todos los pueblos, caballero andante de todas las nobles causas! Cada año, en este día, mientras alumbra el sol, Italia cubrirá de flores tu tumba solitaria, así como los mil monumentos de marmol ó de bronce y las innumerables lápidas que desde Venecia á Siracusa recuerdan todos tus actos, todos tus pasos, todas tus palabras, todos tus dolores y tus triunfos todos.

Reposa en paz y olvida las injusticias y las ingraticudes, cuyo recuerdo hace hoy más bella y más santa tu gloria. Recuerda únicamente en el mundo sobrehumano en que te has recogido, á la madre que adoraste, á los millares de corazones que te amaron, y á los diez ejércitos que combatieron valerosamente en nombre tuyo. Italia los vuelve á ver á tu alrededor, cada vez que evoca tu fantasma, como inmenso cortejo; ve la bella legión de Montevideo, que ondea la bandera negra con el Vesubio en erupción; el ejército de 1848, que lleva entre sus filas á José Mazzini; los ejércitos defensores de Roma, en los cuales levantan la cerviz Hugo Bassi, el mártir, y el angélico Luis Montaldi, el gemelo de Godofredo Mameli;

los bravos cazadores de los Alpes de 1859, los treinta mil vencedores de 1860, con Nino Bixio, con Benedicto Cairoli, con Deodato Schiaffino, con Pilades Bronzetti, con Felipe Migliavacca, con Nullo; los vencidos gloriosos de Aspromonte y de Mentana; los veinte regimientos rojos de 1866; los batallones cosmopolitas de la guerra de Francia; y saluda con igual admiración y con igual amor todas las divisas, todas las banderas, todas las espadas que se recogieron al grito de tu grande alma.

Descansa en paz; Italia te verá siempre inmóvil, en el horizonte, hermoso, rubio, soberbio, como en los más florecientes años de tu juventud, levantando el rostro dulce y espléndido de redentor, con los hereúleos brazos cruzados sobre el purpúreo pecho y los cabellos de oro y la capa gris, agitándose al viento, y á sus pies pasará eternamente reflejando tu grande imagen, el río respetuoso de la posteridad!

